

En el umbral*

ANGÉLICA GORODISCHER

Voy a usar un subterfugio al que a veces recurren algunos autores para disimular su timidez. No es que yo padezca precisamente de timidez pero sí es que el uso constante del pronombre de primera persona me parece cansador, y peor, pretencioso. De modo que digamos que no se trata de quien les habla sino de alguien, otra persona a la que le pasaron estas cosas.

Esta persona, ella, descubrió, aun antes de leer a Simone de Beauvoir, esa frase que se hizo famosa, que ya lo era gracias a ciertos señores muy serios y muy barbudos: "La libertad empieza en el bolsillo". Y entonces decidió buscarse un trabajo, cosa a la cual su padre, un señor muy a la antigua, se opuso severamente. Pero no hubo caso, porque ella era, y creo que sigue siendo, muy cabeza dura y se puso a leer los avisos pidiendo empleadas. En eso vio que en un centro médico pedían una señorita para administración y allá fue a ver qué pasaba.

Pasaba que ahí tampoco hubo caso porque el jefe de personal del antedicho centro se impresionó mucho con las calificaciones de ella, que no eran para tanto, vamos, y le ofreció otra cosa: no hacer presupuestos ni atender al público ni usar una máquina de calcular sino... ¡organizar una biblioteca! A ella le pareció estupendo: a su juego la llamaban. Y ahí nomás empezó y al otro día los directivos le dieron un libro para que se fuera enterando de qué se trataba. El tema del libro era: metástasis óseas. ¿Qué? Ella sabía lo que eran las metástasis, por algo había estudiado lingüística, pero no tenía idea de cómo podría relacionarse lo que ella sabía con la medicina. De modo que leyó el libro. Por lo menos trató de leerlo, pero no entendió nada. Nada de nada. Tampoco sabía lo que eran la ortopedia y la traumatología, y para que lo supiera no le dieron ningún libro. Lo de la traumatología estaba un poco más claro: trauma, palabra griega, y ella estudiaba griego, que significa golpe. Y de pronto encontró un libro, chiquito, que describía los avatares de esas dos ramas de la ciencia médica. Estuvo bastante tiempo leyendo y releendo libros sin entender nada, pero entonces, algo vino en su

ayuda: las historias clínicas. ¡Al fin! Eso era literatura. Las pequeñas novelas estaban mal redactadas y llenas de errores de ortografía, pero los argumentos eran apasionantes. Se enteraba de qué y quiénes y cómo eran o habían sido los padres de los protagonistas; se enteraba de secretos de familia; se enteraba de los sufrimientos de los y las protagonistas. A veces las novelas terminaban bien y a veces no; a veces eran negras y siniestras y a veces eran románticas y de color de rosa, y a veces hasta eran comiquísimas. Una maravilla. Ahora adquirían sentido los libros que había estado leyendo sin entender. De pronto todo era claro y preciso. Pensó que ya estaba en condiciones de organizar una biblioteca. Volvió a leer aquel libro de la historia de la ortopedia y la traumatología, se acordó de su paso por la biblioteca de la facultad de filosofía y letras como se llamaba entonces, y hasta se apasionó por los libros y las revistas que había que clasificar, codificar, ordenar, traducir y entre las cuales la Biblia era *The Journal of Bone and Joint Surgery*.

Su posición en el cuadro de este centro médico era realmente privilegiada. Trabajaba en la futura biblioteca, rodeada por el olor a libros, que es uno de los olores más atractivos que hay en la cultura. En la naturaleza hay sin duda otros olores atractivos. Y todo lo que no es naturaleza, es cultura. Allí, uno de los olores más dulces, más estimulantes, es el olor a libros, papel, tinta, cuero o lo que sea que los recubra. Trabajar ahí y enterarse por fin de lo que eran la ortopedia y la traumatología, fue una cosa sensacional. De paso y como resultado secundario pero no indeseable, aquellas famosas novelitas que eran las historias clínicas le dieron, como se la había dado ya Hemingway, una visión de lo que era necesario que fuera el lenguaje estricto de una narración en la que no sobrara nada. La historia clínica decía lo que había que decir y nada más, nada de florituras ni de adornos ni de tiquismiquis. Si a un tipo le duele el hombro, le duele el hombro y chau; sus sentimientos, su filosofía de la vida y sus problemas conjugales no tienen lugar en la historia clínica: vayamos al

* Cuento leído por la autora en la primera Reunión Ordinaria de la Asociación Rosarina de Ortopedia y Traumatología de este año, en el salón Pablo Borrás del Círculo Médico de Rosario, el 26 de marzo. Agradecemos a la Sra. Gorodischer su gentil permiso para esta publicación.

dolor del hombro y después se verá si en realidad le duele o no le duele, si el tipo está loco o si la señora es una bruja o si él cree en el espiritismo. No: primero el reumatismo y después el espiritismo, si ha lugar. Y, señoras y señores, en la narrativa pasa lo mismo, sólo que los escritoras y las escritoras principiantes lo aprenden lentamente y con mucho trabajo, y ella, la protagonista de esta charla, lo aprendió rápida y contundentemente.

Otra cosa que aprendió fue a mirar con atención ciertas actitudes de la gente. Un día, un importante cirujano ortopedista le dijo que cuando un paciente entra al consultorio, el especialista tiene que tener una visión instantánea del problema que trae. Ella le dijo

—¡Pero vamos, doctor! (con entonación de “no me diga macanas”).

Entonces él le explicó cuál tiene que ser el diagnóstico instantáneo (y presuntivo) cuando una señora entra con paso tardo y el brazo derecho (puede ser el izquierdo si la señora es zurda) levemente tirado hacia atrás; qué pasa con el señor que llega con su señora esposa, legal o no; de qué se va a tratar cuando la señora trae un chico de la mano...

Bueno, pero finalmente ya instalada en el umbral de esa parte de la ciencia médica, empezó a interesarse por las otras partes de la ciencia médica. Y así fue como se metió muchas veces de contrabando en un quirófano o en una sala de partos y aprendió muchas más cosas. Aprendió algo que en teoría todas sabemos: que en general las mujeres somos mucho más valientes que los varones. Hay algunas excepciones pero son pocas. No nos impresiona la sangre porque nosotras sangramos y en nosotras la sangre es vida, no siempre herida y muerte. Aprendió que los cirujanos suelen ser más malos e impacientes que una araña pollito en celo, pero que hay algunos que son verdaderos ángeles, aunque en la vida corriente no se los puede distinguir a los unos de los otros y solamente en el quirófano se les transparenta la buena o la mala onda. Aprendió que los cirujanos suelen ser soberbios pero que muchas veces eso se debe a que los y las pacientes no saben tratar con ellos y ponerlos en vereda, si es posible dulcemente y si no hay más remedio a los ponchazos. Aprendió que sea por la razón que sea, si alguien tiene que someterse a una operación, cuanto antes mejor: “¿Me tiene que operar la rodilla, doctor? Bueno, mañana. ¿Cómo que no se puede mañana? Está bien, me hago los análisis y cuanto antes, me opera”. Listo. Aprendió que las enfermeras de cirugía están hechas de mármol de Carrara y acero inoxidable porque aguantan los misiles de ambos lados y que después, a veces, se la hacen pagar al pobre paciente, que también tiene lo suyo. Es decir, aprendió que en proporción

menor, en el ejercicio de la cirugía pasa lo que pasa en la vida en proporción mayor.

Hubo episodios muy particulares. Un cirujano de otra especialidad le pidió un día a esta bibliotecaria que le organizara su biblioteca. “Pero, doctor”, dijo ella, “yo no sé nada de su especialidad”. El bueno del doctorcito le prestó libros y se prestó a responder preguntas. Eso también lo aprendió, y tan bien que le organizó la biblioteca al doctor que no era cirujano ortopedista ni traumatólogo. “¿Cuánto le debo, señora?”, preguntó él. “Nada, doctor”, dijo ella. “¿Cómo nada?” “Nada, doctor”, repitió ella, “pero de ahora en adelante usted me atiende gratis a mí y a mi marido y a mis hijos”. Y puedo decir que fue un arreglo muy conveniente para ambas partes.

Hubo otro episodio realmente hilarante del que ella todavía se está riendo. Era una época de grandes especialistas. No voy a hacer nombres porque me olvido de alguno y seguro que aparece una nieta o un sobrino nieta a reclamarme por mi falta de memoria. Era una época de grandes especialistas, de grandes nombres que resonaban no sólo en la ciudad sino a lo largo de muchas provincias y en el extranjero también. Venían de otros países a estudiar en nuestra Facultad de Ciencias Médicas, y en el centro médico del que les hablo había un peruano gordinflón e ingenuo que no entendía nada de la vida ni de su entorno. Una noche en la que estaba de guardia, hubo un accidente ahí nomás en la esquina. Nada grave, pero trasladaron a una chica muy bonita y muy elegante para que la viera un médico. Ella hizo una llamada telefónica y el peruanito la revisó y le hizo sacar una placa. Acababan de dársela al médico cuando llegó un señor preguntando por la chica. El peruano lo recibió muy amable, le mostró la placa y le dijo algo así como “Fíjese, ¿ve?, esto es una radiografía del antebrazo de la señorita, este hueso se llama radio y éste cúbito, más arriba, en el brazo, está el húmero, ¿se da cuenta? No hay fractura, esta marquita que se ve aquí es una fisura y la vamos a inmovilizar ahora y usted mañana la trae de nuevo para control, ¿eh?” “Ajá, ajá, sí, cómo no”, decía muy educadamente el señor. Terminó todo, el señor se fue llevando a la niña y otro médico de guardia le dice al peruano: “Che, qué compromiso, ¿no?” “No, ¿por qué?”, pregunta el peruano. El señor que había llegado a llevarse a la chica bonita era profesor titular de ortopedia y traumatología.

Hubo algo más a lo cual no puedo dejar de referirme. Hubo una revista clandestina: “El Quincenario del Yeso” de Editorial Tarlatana. Nadie supo nunca nada de quiénes estaban al frente de la arriesgada empresa aunque me parece haber visto entre el público a una de las personas comprometidas que escribió una columna en varios

números en un estilo depurado y elegante muy parecido al de césaR brutO; nadie sabe de dónde salían los fondos para su publicación, quiénes la distribuían, etc. El lema del quincenario era “burlarse sí, escrachar no”. En la tapa había siempre un chiste gráfico sobre médicos, fueran o no ortopedistas; había una nota editorial, generalmente cruel y divertida, y secciones fijas como por ejemplo la de apodos y sobrenombres, novedades edilicias u organizativas, actitudes y anécdotas, conflictos laborales o profesionales, en fin, era bastante variada y la gente la esperaba con ansias y con un poco de miedo. “Señora”, le preguntaban a ella, “¿no sabe cuándo sale el quincenario?” Y cuando salía causaba sensación. El distribuidor era un entonces joven médico de la institución y hoy prestigioso cirujano ortopedista que debe andar por ahí un poco preocupado (pero no te asustes que no te voy a exponer a la curiosidad pública). Lo hacía muy bien. Ustedes saben que en cualquier publicación la distribución es fundamental. A eso de la una y media o dos de la tarde este médico recorría el instituto a ver cómo andaban las cosas, llevando papeles y libros en la mano... y sobres en los cuales iban los ejemplares del quincenario con sus menciones: cirugía, administración, radiología, kinesiología, consultorios, y así. Me

alegra poder decir que sé de alguna gente que guarda todavía la colección completa del “Quincenario del Yeso”.

Después de treinta años de organizar y manejar una biblioteca de esa especialidad de la que al principio no sabía nada de nada, ella se jubiló. Desde entonces y recordando esas épocas, suele decir cosas terribles como “Por suerte me he olvidado de todo lo que aprendí”. Pero también dice algunas cosas sumamente agradables como “La redacción de historias clínicas me enseñó a ser minimalista”. Como en la vida, un poco de algo y otro poco de otro algo.

No hace mucho tiempo de esto, la ex bibliotecaria sintió un dolor muy agudo en la espalda. Fue a ver a un cirujano ortopedista y le dijo “Che, tengo una sacroileítis”. “Bueno”, dijo el especialista, “hacé esto y lo otro y lo de más allá y tomá esto y esto”. Y cuando ya se despedían, el doctor dice “No, no, esperá, te voy a revisar no sea que no sea una sacroileítis”. Estado actual, como dicen las historias clínicas: “Sí, es una sacroileítis”. “¿Viste?”, dijo ella. “Cuando tengas alguna dificultad para un diagnóstico, avísame y te ayudo”. Así que de ahora en adelante ustedes ya saben a quién recurrir.



TRABAJAMOS PARA DARLE CERTEZA A LOS PROFESIONALES DEL ARTE DE CURAR.

Es posible que hoy le preocupe su porvenir y el de su familia. Junto a nosotros, el futuro le tiene preparado muchos beneficios.

Por ejemplo, si tiene 40 años, con un aporte de \$ 300 mensuales ud. alcanzará \$ 254.840 (1) de fondos acumulados a los 65 años. O, si lo prefiere, una Renta Vitalicia Mensual ajustable de \$ 1.801 (2).

Para eso invertimos y nos involucramos en nuevos negocios. Relájese, el futuro puede ser un buen lugar donde vivir.

SEGURO DE RETIRO INDIVIDUAL

Consulte a Juan Carlos Cerra
A.P.S. Mat. 28050
Entre Ríos 1525 Piso 9
Tel. 0341-449-8883
156-919783



SAN CRISTOBAL
SEGURO DE RETIRO S.A.

Siempre hay una vida por delante.

(1) Proyección a la tasa del 8% anual. (2) Ajuste semestralmente, por la sobreentababilidad de la Compañía.